

ban en lugar de defenderle que cediera al tiempo y dejase pasar la tormenta, alejándose de una patria donde su enemigo reinaba solo. El senado se reunía en vano para proteger á Ciceron, y los senadores, abandonados á ellos mismos por Pompeyo, Craso y César, y asediados en el senado de los satélites de Clodio, despedazaban sus togas de indignacion y atestiguaban al dispersarse la impotencia de las leyes, la cobardia de los generales, la opresion de los ciudadanos y la ruina de la republica.

XXIX.

Cedió, en fin, á la suerte y sucumbió con su patria. Presumiendo que despues de su muerte vendria la devastacion y el incendio de su casa, quiso preservar al menos las cosas veneradas, y tomando de entre sus divinidades domésticas una pequeña estátua de marfil de Minerva, guarda y protectora de Roma, simbolo de aquella sabiduria divina que inspira y que conserva los imperios, la llevó al Capitolio, fortaleza, templo, y palacio de Roma, y la consagró allí para hacerla inviolable á los espoliadores. Despues, seguido de un escaso numero de amigos y de servidores, armados de puñal para protegerle, salió aquella noche de Roma, y tomó por senderos desconocidos el camino del mar de Sicilia.

Apenas tuvo Clodio conocimiento de su partida, cuando arrancando mas fácilmente al pueblo un vano decreto de destierro contra aquel que parecia desterrarse, hizo traer un *plébiscito* que desterraba para siempre á Ciceron a quinientas millas de distancia de la ciudad, y que ordenaba bajo pena de muerte á todos los ciudadanos negar el fuego y el agua á aquel á quien el reconocimiento público habia proclamado *el segundo fundador de Roma*.

XXX.

Sucedió á Ciceron en su fuga lo que sucede á todos los hombres poderosos que han caído en la desgracia de la fortuna y en la enemistad del pueblo. Aquellos que no le conocian mas que por su fama, y que no le debian nada, le recogieron con una generosa hospitalidad y se honraron ofreciéndole el abrigo de su techo en su grande infortunio, consecuencia de una grande injusticia. Aquellos á quienes habia elevado á los honores y colmado de bienes durante su consulado, se volvieron, temiendo ser contaminados á los ojos de los poderosos del dia, por su contacto, ó se apresu-

raron á acusarle y á insultarle, temiendo que se los creyese reconocidos. El pretor de Sicilia, que le debía todo, le suplicó no esperase asilo alguno en su gobierno, y una de sus criaturas, á quien pidió el abrigo de su casa cuando llegó á un pueblecillo situado en las márgenes del mar para esperar una barca, le cerró su puerta y le ofreció por gracia un asilo vergonzoso en una de sus alquerias. Ciceron, indignado, se alejó de este suelo inhospitalario y pasó á Brindes, donde se embarcó solo y casi desnudo con direccion á Grecia, patria de sus pensamientos. Mientras que saludaba con lágrimas en los ojos las fugitivas riberas de la Italia llenas de su nombre, dando antorchas al populacho, incendiaba su casa en Roma, arrasaba hasta sus cimientos y mandaba construir en la plaza un templo de la Anarquía. Despues, enviando sus sicarios á todas las provincias donde Ciceron poseía casas de campo ó jardines, mandaba vender sus residencias, sus libros, sus florestas para despojarle hasta de las huellas de sus pasos, del encanto de sus estudios, de la sombra de sus árboles, para quitarle hasta los recuerdos de su felicidad en todo lo que fué su patria.

Pero el respeto hácia Ciceron y el horror de investirse con los despojos de aquel á quien cada romano debía su propio hogar, eran tales, dice Plutarco, que nadie se presentaba para comprarlos. Su correspondencia, que hemos tenido la dicha de conservar entera, contribuirá á que leamos el fondo del alma de un grande hombre, los abatimientos del desterrado, las ternuras del padre, las debilidades del esposo, las resignaciones del filósofo y las amarguras del ciudadano.

SEGUNDA PARTE.

I.

Ciceron proscripto, llegado á Grecia, se proponia residir en su querida Atenas, que el ejemplo y las cartas de su amigo Atico le habian enseñado á amar tanto. Pero la sombra de su vida pasada sigue á los hombres públicos hasta en la tierra estrangera: el mar que los separa de su patria no los separa de su nombre. El de Ciceron le precedia y le desahuciaba por todas partes. Supo que los restos del partido de Catilina y los cómplices de Clodio le esperaban en Atenas para pedirle cuenta con el puñal en la mano de la vida de Catilina, de Léntulo y de Cetego. Huyó prudentemente de esta mancha de sangre que parecia perseguirle, y se refugió en Tesalónica, colonia roma-

na, en el fondo del Mediterráneo, al pie de las montañas de la Macedonia.

«Cuánto me pesa, escribia en el camino, cuánto me pesa, mi querido Atico, no haber prevenido con mi muerte voluntaria el escape de mis desgracias! Suplicándome que viva, no consigues mas que una cosa: detener mi mano dispuesta á matarme; pero, ¡ay! no me arrepiento menos diariamente de no haber sacrificado esta vida para salvar mi herencia á mi familia: ¿qué es lo que ahora puede unir-me á la existencia? No quiero, mi querido Atico, enumerarte estas desgracias, en las cuales me he precipitado menos por el crimen de mis enemigos que por la cobardia de mis envidiosos» (Alusion punzante á Pompeyo, á Craso y á César) «Pero, juro á los dioses que jamás hubo un hombre mas humilde bajo el peso de tantas calamidades y que ninguno tuvo jamás ocasion de desear tanto la muerte... ¡Lo que me resta de vida no está destinado á curar mis males, sino á terminarlos... Me reconviene por el sentimiento de la queja de mis males. Pero, ¿hay una sola de las adversidades humanas que no esté acumulada en la mia? ¿Quién, pues cayó de tan grande altura de una manera mas asegurada en apariencia, dotado de tales poderes de generacion y de apoyo de una multitud tal de grandes y buenos ciudadanos?... ¿Puedo yo olvidar en un dia lo que yo era ayer y lo que soy hoy? ¿De qué dignidades, de qué gloria, de qué hijos, de qué honores, de qué riqueza de alma y de bienes, de qué hermano en fin (un hombre que amo á tal exceso que me ha sido menester, por un género enojoso de suplicio, separarme de él sin abrazarle, temiendo que viese mis lágrimas y que yo mismo no pudiera soportar su palidez y su duelo), no he sido yo separado?... ¡Ah! yo enumeraria aun otras causas de desesperacion, si mis lágrimas no me cortasen la voz... Sé, y he aquí la mas amarga de mis penas, que por mis faltas me veo abismado en tal ruina!... Me hablas en tu última carta de la imagen que el liberto de Craso te presenta de mi desesperacion y de mi delgadez... ¡Ay! cada dia que trascurre se acrecientan estos males en vez de disminuirse. El tiempo acorta el sentimiento de las otras desgracias; pero las mias son de tal naturaleza, que se agravan continuamente por el sentimiento de la miseria presente comparada con la felicidad perdida! ¿Por qué uno solo de mis amigos no me ha aconsejado mejor? ¿Por qué me he dejado helar el corazon con la frialdad de Pompeyo? ¿Por qué he tomado una resolucion y una actitud de culpable suplicante indigna de mí? ¿Por qué no he afrontado mi fortuna? ¡si así lo hubiese hecho, ó hubiera muerto gloriosamente en Roma, ó gozaria ahora del triunfo de mi victoria!... Pero, perdóname estas reconvienciones, que deben caer sobre mi mas

que sobre ti, pues si me propongo acusarte conmigo, es menos para escusarme á mi propio, que para hacerme estas faltas mas perdones asociando á ellas otro yo!...»

«...No, no iré de ninguna manera á Asia, porque hoyo de los lugares donde puedo encontrar romanos, y donde mi celebridad, en otro tiempo mi gloria, me persigue hoy como una vergüenza!... Y no quiero alejarme mas temiendo que si por una casualidad sucede algun cambio inesperado á mi fortuna por parte de Roma, no esté mucho tiempo ignorándolo. He resuelto, pues, ir á refugiarme á tu casa en Epiro no por la comodidad de la residencia, indiferente á un desgraciado que huye hasta la luz del dia, sino para estar en aquel puerto que me ofreces mas inmediato para el regreso á mi patria, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará mas soportable, mas tolerable, ó lo que quisiera mejor todavía, que me hará despojar mas valerosamente la vida. Si, yo debo escuchar otra vez las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Pero dentro de poco ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abro el de mi verdadera libertad!... Te recomiendo mi hermano, á mi muger, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre humillado é ignominioso!...»

II.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crimen de sus enemigos, la cobardia de sus amigos y su propio infortunio, el exceso de la tirania popular llevaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y con su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquias. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar diariamente las demasías y los excesos anteriores, á fin de permanecer á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer sino cediendo á sus caprichos, comenzaba á fatigar la licencia misma y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de la soberania de las Galias. César, Pompeyo, el senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron sordamente para inquirir al pueblo el horror de Clodio y el llamamiento de Ciceron, el único hombre que podian oponer á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.

III.

Un hombre intrépido, eliente de Ciceron, tribuno, llamado Fabricio, osó proponer este llamamiento al pueblo desde lo alto de la tribuna. Clodio, que esperaba esta tentativa de los amigos de Ciceron, y que habia llenado el foro con sus partidarios, con sus gladiadores y con sus sicarios, temiendo la estimacion y el amor del pueblo por el gran proscripto, dió la señal de muerte á sus amigos, precipitó á Fabricio de la tribuna, dispersó el cortejo de los amigos de Ciceron y cubrió de cadáveres la plaza pública. El hermano de Ciceron, herido por el hierro de los gladiadores de Clodio, se libró de la muerte por haberse ocultado entre la multitud en los escalones de la tribuna. Sextio, uno de los tribunos, fué inmolado por que se resistía á los furios de sus colegas. Clodio vencedor ó mas bien asesino de Roma, corrió con la antorcha en la mano á quemar el templo de las Ninfas, depósito de los registros públicos, á fin de anonadar completamente al gobierno. Al resplandor del incendio atacó la casa del tribuno Milon y del pretor Cecilio. Milon rechazó con sus amigos á los satélites del demagogo, y convencido de que no habia ya mas justicia en Roma que la que hiciera desde entonces él mismo, reunió un gran número de gladiadores para oponerlos á los sicarios de Clodio. El senado, abrigado en fin por este puñado de satélites de Milon, y animado á la audacia por la indignacion del pueblo que empezaba á avergonzarse de sí mismo, trajo el decreto de llamamiento de Ciceron. El mismo decreto ordenaba que sus casas fuesen reedificadas á espensas del tesoro público, y convocaba á Roma á todos los ciudadanos que se interesasen en la justicia y en la virtud para apoyar allí contra los sediciosos de Clodio el llamamiento del proscripto. El mismo Pompeyo, entonces en Capua, presidió los comicios inmensos de los ciudadanos de la Campania, que se levantaban á la voz del senado para libertar á Roma. Clodio convencido y humillado en los comicios por la mayoría casi unánime del pueblo, se entregó á la popularidad de los mercenarios y de los malvados, su séquito ordinario. Ciceron, advertido por sus amigos de este arrepentimiento de la justicia de su patria, desembarcó en Brindes, puerto de la Gran Grecia, donde se habia embarcado pocos meses antes para su destierro. Su hija Tulia le esperaba en la playa, imagen la mas bella y la mas querida para él de la patria.

«Y se encontró, escribe él mismo desde Brindes á su amigo Atico, que era el dia del nacimiento de esta hija querida, el dia de la fundacion de Brindes y el dia de la dedicacion en Roma del templo de la Salvacion pública... Recibi allí, escribe ademas, una carta de mi hermano, en la que me hacia saber que mi destierro habia sido revocado este

dia por el escrutinio del pueblo de toda la república. Fui acogido en Brindes por un inmenso concurso de las provincias vecinas. Sali de allí para volver á Roma, rodeado de un séquito de diputados de todas las ciudades, enviados para traerme felicitaciones de toda Italia. Me adelanté hacia la capital á través de esta hilera de ciudadanos, sin que faltase uno solo de los nombres conocidos en la república por los nomenclatores. Cuando me aproximé á la puerta de Roma que conduce á la Campania, encontré las gradas de todos los templos inundadas por escalas de una numerosa multitud, cuya presencia, cuyos aplausos, cuya embriaguez me acompañaron, renovándose hasta el Capitolio, al través de las calles, las plazas, el foro y las avenidas de este mismo templo, donde la Italia entera parecia llevarme entre sus brazos...»

El senado, los caballeros romanos, los ciudadanos romanos, habian salido de la ciudad para volverle á ver, y le fueron escoltando hasta la casa de su hermano, no pudiendo reedificar en un dia aquella que Clodio habia incendiado. Triunfo espontáneo, superior á todos los triunfos, pues que le inspiraba solo el corazon de la patria, y que le hizo decir á él mismo, «que podian suponer que habia deseado su destierro para obtener luego un regreso semejante.»

IV.

Pero apenas habia pasado una noche bajo el techo de sus padres cuando ya la unanimidad de este triunfo revelaba la envidia de aquellos mismos que le habian escoltado, polo que abriendo su alma á Atico ausente le escribia:

«Hé aqui el estado en que ahora me encuentro: desgraciado, si considero mis pasadas felicidades; dichoso, si me comparo á mis recientes adversidades. Mis asuntos privados, como sabes, son deplorables. Tengo, ademas, disgustos y tribulaciones domésticas, que no puedo comunicar en cartas. (Quería hablar de Terencia, su muger, cuyas desavenencias con su hermano le afligian.) Amo á mi hermano, se apresuraba á decir, con toda la afecion que merece su ternura sin ejemplo, su valerosa fidelidad, su inalterable adhesión! Aconsejame; tengo necesidad de tus consejos; es menester que concertemos juntos para mí el principio de una nueva vida... Ya algunos de aquellos que me defendian ausente comienzan á irritarse secretamente contra mí desde que estoy en Roma, y á manifestarme abiertamente la envidia que me tienen... Los cónsules no me han adjudicado mas que dos millones de sestercios para mi casa de Roma, (800,000 rs.) quinien-

tos mil sestercios para mi casa de Túsculo (160,000 rs.), doscientos cincuenta mil sestercios para mi casa de Formias (90,000 rs.)... ¿De dónde procede esta estimacion inieua, que indigna no solamente á las gentes honradas sino tambien á la multitud?... Los que me han cortado las alas no quieren que vuelvan á crecer... Mis asuntos domésticos están arruinados... Otros pesares interiores me asedian, que te revelaré mas claramente en otro lugar... Pero yo soy adorado de mi hija Tulia y de mi hermano!...»

Y algunos dias despues:—«Clodio y sus parciales han venido armados á atacar y dispersar ayer á los obreros que reedifican mi casa; han incendiado la de mi hermano, que yo habito... Mis casas saqueadas, abatidas, incendiadas, hablan con sus restos contra él... Bajaba yo por la calle Sagrada, y Clodio y sus sicarios me han encontrado y perseguido en medio de grandes clamores con las espadas, con palos levantados, y me han arrojado piedras lo mismo que á mi comitiva; nos hemos refugiado con mucho trabajo en el vestibulo de la casa de Tercio. El malvado, sintiéndose despreciado por el pueblo mismo, se ha lanzado á los crímenes y á las violencias de Catilina. Ha marchado estos dias á la cabeza de una turba armada de escudos, de espadas y antorchas contra la casa de Milon, mi amigo y mi apoyo. Amenaza á Roma con las mas grandes catástrofes, si no consigue hacerse nombrar edil. Milon está resuelto á matar á este monstruo si lo encuentra; él no se encomienda, como yo he tenido la sencillez de hacerlo, á amigos poderosos y templados; es un héroe, mi ejemplo no le intimida, está decidido á todas las consecuencias de su valor...»

«En cuanto á mí, no es el valor el que me falta; le tengo mas hoy que en el tiempo de mi fortuna mas floreciente...»

V.

Clodio triunfó otra vez del senado, de Pompeyo, de los buenos ciudadanos, y fué nombrado edil por la corrupcion y por la violencia de la liga del pueblo. Pompeyo, César y Craso, que formaban un triunvirato militar inferior á estas tormentas pasajeras de Roma, se acercaron á Ciceron. Gemían con Pompeyo las calamidades de la patria. Ciceron no iba ya al senado para ocuparse esclusivamente de la elocuencia del foro, de las letras y de la patria. Escribió en su retiro campestre de Ancio un poema heroico sobre las victorias de César para granjearse la amistad de este héroe, cuya fortuna entrevia sin prever aun que destruiria la república. En otro poema cantó sus propias desgracias. Escribió muchos libros de historia;

oídó de la educacion de su hijo; gozaba en la belleza con la ternura y con el genio literario de su hija Tulia; enriquecia sus casas de campo con nuevas bibliotecas, compradas en Grecia por los cuidados de su amigo Atico, para reemplazar á las que Clodio habia quemado durante su proserpcion. Defendió á César en el senado contra aquellos que encontrándole ya demasiado poderoso, querian quitarle el ejército de las Galias. En fin, escribió un poema en cuatro cantos sobre los acontecimientos de su consulado. Era tan feliz, como puede serlo un hombre que ve perecer á su patria.

Los acontecimientos se complicaban, y las ruinas, contra las cuales se veia abrigado un momento, no podian tardar en alcanzarle. El triunvirato militar de Craso, Pompeyo y César, único elemento de seguridad para la sombra de república que existia todavia, se descomponia. Craso, que habia tomado el gobierno del Asia, acababa de perder sus legiones y de ser muerto en la guerra contra los partos. Tulia, hija de César, con quien Pompeyo se habia casado y que era la prenda de union entre estos dos rivales, acababa de morir, llevándose á la tumba su concordia. Milon, habiendo encontrado á Clodio en el camino de su casa de campo, los dos cortejos de servidores que acompañaban á los dos adversarios se injuriaron y luego se atacaron. Milon, lanzándose fuera de su litera, donde habia entrado sin armas y sin premeditacion con su muger, cogió un arma para su defensa y mató á Clodio en la pelea. El cuerpo sangriento del favorito de la multitud, llevado á Roma y tendido sobre la tribuna de las arengas, fué quemado por sus partidarios sobre un escudo, cuyas llamas, atizadas por sus vengadores, se habian comunicado al templo inmediato y al palacio del senado y los habian reducido á cenizas; funerales dignos de un tribuno incendiario de su patria. Pompeyo, nombrado cónsul, llenó de soldados la plaza pública, y el pueblo iba á juzgar á Milon. Ciceron le defendió en una arenga á menudo interrumpida por el ruido de las armas; pero que él restableció despues de la sesion con toda la fuerza y con todo el esplendor de su improvisacion.

«He justificado completamente á Milon del asesinato premeditado de que se le acusa, dijo por conclusion. Pero si yo no lo hubiera justificado, ¿no podria él levantarse y decirnos: romanos, yo he matado, yo he matado, no á Melio, que fué sospechoso de aspirar á la monarquía, porque parecia bajando el precio del trigo á costa de su fortuna, buscar con demasiado cuidado el favor de la multitud; no á Tiberio Graco, que escitó una sedicion para destituir á su colega; aquellos que les han matado han llenado el mundo entero con la gloria de su nombre. Pero yo he matado al hombre que nuestros hermanos mas ilustres han sorprendido profanando nuestros mas sagrados altares; al hombre á quien el supli-

«cío podía solamente, según el juicio del senado, hacerle espiar nuestros misterios profanados; al hombre que Lúculo ha declarado, bajo la fé del juramento, culpable de un incesto con su propia hermana. Yo he matado al faccioso que, secundado por esclavos armados, echó de Roma al ciudadano del senado, que el pueblo romano, que todas las naciones miraban como el salvador de Roma y del imperio; que daba y quitaba monarquías; que distribuía el universo á merced de sus caprichos; que llenaba el foro de asesinatos y de sangre, que oprimía con la violencia y las armas al mas grande de los romanos, encerrándole en su casa; que no conoció jamás freno en el crimen ni en la disciplina; que incendió el templo de las Ninfas, á fin de destruir los registros públicos, y para no dejar huella alguna de nuestra pasada gloria. Si, romanos, aquel que yo he matado no respetaba ya ni leyes ni títulos ni propiedades; se apoderaba de las posesiones, ya no por medio de procesos injustos y sentencias sorprendidas á la religión de los jueces, sino por la fuerza, marchando con los soldados, banderas desplegadas; á la cabeza de sus tropas recorrió los campos, y los jardines seguidos de arquitectos; en la embriaguez de sus esperanzas, no asignaba otros límites á sus dominios que el Janículo y los Alpes. T. Pacuvio, caballero romano, se negó á venderle una isla situada en el lago Prelio; al punto mandó trasladar allí materiales é instrumentos, y á la vista del propietario, que le miraba desde la orilla opuesta, levantó un edificio sobre un terreno que no le pertenecía. Una muger, un niño, no encontraron en él conmiseración alguna; Aponio y Escencia fueron amenazados con la muerte si no le entregaban sus jardines. ¡Qué dios! se atrevió á decir á T. Furfanio, sí, á Furfanio, que si no le daba todo el dinero que le había pedido, llevaría un cadáver á su casa á fin de que recayese sobre este hombre respetable todo el odio de un asesinato.

«Y no digais, que escitado por el odio, declamo con mas pasión que verdad contra un hombre que fué enemigo mio. Sin darme nadie tuvo mas derechos que yo para odiarle; pero era el enemigo comun, y mi odio personal apenas podía igualar al horror que inspiraba á todos. No es posible espresar, ni aun concebir hasta qué punto de maldad ha llegado este monstruo. Y puesto que aquí se trata de la muerte de Clodio, imaginad, ciudadanos, pues nuestros pensamientos son libres y nuestra alma puede hacer simples ficciones tan sensibles como los objetos que hieren nuestra vista; imaginad, digo, aun cuando estuviese en mi poder absolver á Milon, bajo el supuesto de que Clodio resucitara... ¡Cómo! ¡Palideceis! ¡Cuáles serian vuestros terrores si estuviese vivo, pues que muerto como está, á la sola idea de que pueda revivir os llenais de espanto!

«Los griegos hacen honores divinos á aquellos que mataron á los tiranos. ¿Cuántas cosas de este género no he visto yo en Atenas y en las demas ciudades de Grecia? ¡Cuántas fiestas instituidas en conmemoracion de estos generosos ciudadanos! ¡Qué himnos! ¡Qué cánticos! El recuerdo, el culto mismo de los pueblos consagran sus nombres á la inmortalidad; y vosotros, lejos de consagrar honores al conservador de un pueblo tan grande, al vengador de tantas iniquidades, ¿sufriréis que le lleven al suplicio?

«Existe, si, ciertamente un poder que preside á toda la naturaleza; y si en nuestros cuerpos débiles ó frágiles sentimos un principio activo que los anima, ¿cuánto mas una inteligencia soberana debe dirigir los movimientos admirables de este vasto universo? Me atreveré yo á revocarla como dudosa porque se escape á nuestros sentidos y que no se muestre á nuestras consideraciones? Pero esta alma que está en nosotros, porque nosotros pensamos y prevemos, que me inspira en este momento en que hablo delante de vosotros, ¿nuestra alma tambien no es invisible? ¿Quién sabe cuál es su esencia? ¿Quién puede indicar el lugar donde reside? Es, pues, aquel poder eterno á quien nuestro imperio ha debido tantas veces éxitos y prosperidades increíbles, quien ha destruido y anonadado ese monstruo, y le ha sugerido el pensamiento de irritar con su violencia y de atacar á mano armada el mas valeroso de los hombres, á fin de que fuese vencido por un ciudadano, cuya derrota le hubiera asegurado para siempre la licencia y la impunidad. Este grande acontecimiento no ha sido conducido por un consejo humano; no es, ni aun el efecto ordinario de la protección de los inmortales. Los lugares sagrados parecen haberse conmovido viendo caer al impio, y por haberse apoderado del derecho de una justa venganza. Os pongo por testigos aquí colinas sagradas, altares asociados al mismo culto que los nuestros y no menos antiguos que los altares del pueblo romano, vosotros, destruidos por él, vosotros, abatidos por un furor sacrilego, y vuestros bosques tambien para aplanaros bajo el peso de sus locas construcciones. Entonces vuestros dioses han señalado su poder; entonces vuestra magestad, ultrajada por todos los crímenes, se ha manifestado con brillo. Y tú, dios tutelar del Lacio, gran Júpiter, tú cuyas leyes habia profanado, cuyos bosques, cuyo territorio habia humillado con abominaciones y atentados de toda especie, tu paciencia se ha cansado; todos estais ya vengados y en vuestra misma presencia ha sufrido la pena debida á tantos crímenes.

«Romanos, nada ha hecho aquí la casualidad. Ved en qué sitio ha empeñado Clodio el combate: fué delante de un templo de la Buena Diosa; si, en presencia de aquella

«misma divinidad, cuyo santuario se levanta en el dominio del jóven y virtuoso Sexto Galo, donde el profanador ha recibido aquella herida que debía ser seguida de una muerte cruel, y hemos reconocido que el juicio infame que le habia absuelto en otro tiempo no ha hecho mas que reservarle á este ruidoso castigo.

«Ademas, la cólera de los dioses es la que ha dado á sus satélites aquel vértigo que, arrastrando su cuerpo por una plaza pública, cubierto de sangre y lodo, le ha visto quemado, sin llevar por consiguiente las imágenes de sus antepasados, sin lamentaciones, ni juegos, ni cantos fúnebres, ni elogio, ni convoy, en una palabra, sin ninguno de aquellos honores últimos que los mismos enemigos no niegan á sus enemigos. Sin duda el cielo no ha permitido que las imágenes de los ciudadanos mas ilustres honrasen á este execrable parricida, y su cadáver debía ser despedazado en el lugar donde su vida habia sido odiada.

«Yo deploraba la suerte del pueblo romano, condenado desde tanto tiempo á verle impunemente hollar la república; manchó con adulterio los mas santos misterios; insultó los senado-consultos mas respetables; se emancipó abiertamente del dominio de los jueces. Tribuno, atormentó al senado, anuló lo que habia hecho, con el sentimiento de todas las órdenes, para la salvación de la república; me desterró de mi patria, arrebató mis bienes, quemó mi casa, persiguió á mi muger y á mis hijos, declaró una guerra impia á Pompeyo, degolló á los ciudadanos, á los magistrados, redujo á cenizas la casa de mi hermano, devastó la Etruria y poseyó una multitud de propiedades ajenas. Infatigable en el crimen prosiguió el curso de sus atentados. Roma, la Italia, las provincias, las monarquías no eran ya un teatro bastante vasto para sus extravagantes proyectos.

«En cuanto á mí, se despedaza mi corazón, mi alma está penetrada de un dolor mortal cuando oigo aquellas palabras que todos los dias repite Milon delante de mí: Adios, mi querido conciudadano, adios; si, para siempre adios. Que vengan en paz, que sean dichosos, que se cumplan todos sus votos, que esta ciudad se mantenga célebre, esta patria que siempre me será querida, sea cualquiera el tratamiento que yo esperamente de ella; que mis conciudadanos gocen sin mí, pues que no me es permitido gozar con ellos de una tranquilidad que, sin embargo, á nadie deberán mas que á mí. Partiré, me alejaré. Si yo no puedo dividir la felicidad de Roma, no tendré al menos el espectáculo de sus males, y no bien haya yo encontrado una ciudad donde las leyes y la libertad sean respetadas, allí fijaré mi residencia. Vanos trabajos, añade, esperanzas enganosas, inútiles proyectos. Cuando durante mi tribunado, vien-

«do la república oprimida, me entregué enteramente al senado espirante, á los caballeros romanos desnudos de fuerza y de poder, á los hombres de bien desalentados y ultrajados por las armas de Clodio, ¿podía yo pensar que me veria un dia abandonado por los buenos ciudadanos? Y tú, pues me diriges á menudo la palabra, despues de haberte devuelto á la patria. ¿debia ya esperar que la patria se cerraria un dia para mí? ¿Qué ha sido del senado á quien hemos estado constantemente unidos, de aquellos caballeros, si, de aquellos caballeros adheridos á tus intereses? ¿El celo de las ciudades municipales? ¿Aquellas unánimes aclamaciones de toda la Italia? Y tú mismo, Cicerón, ¿qué ha sido de tu voz, de aquella voz saludable á tantos ciudadanos? ¿Es impotente solo para mí, que tantas veces he desafiado á la muerte por tí?

«Yo os imploro, romanos, que habeis deramado tantas veces vuestra sangre por la patria; valerosos centuriones, intrépidos soldados, á vosotros me dirijo en los peligros de un hombre animoso, de un ciudadano invencible. Estais presentes, ¿qué digo? estais armados para proteger este tribunal, y veriais un héroe tal como el rechazado, desterrado y lanzado lejos de Roma? ¡Qué desgraciado soy! Por el socorro de tus jueces, ¡oh Milon! has podido restablecerme en mi patria, ¿y no podré yo con su auxilio mantenerte á tí? ¿Qué responderé á mis hijos que te miran como á segundo padre? ¡Oh, Quintilio! ¡Oh, hermano mio, ausente hoy, entonces compañero de mis infortunios! ¿Qué puedo decirte? ¿Qué no he podido hacer yo en favor de Milon con aquellos que le ayudaron á salvarnos al uno y al otro? ¿Y en qué causa? En una causa en que tenemos á todo el universo por nosotros. ¿Quién me lo habrá rehusado? Aquellos á quienes la muerte de Clodio ha procurado la paz ó el reposo. ¿A quién lo habrán rehusado? A mí. ¿Qué gran crimen he cometido? ¿De qué horrible atentado me hice culpable cuando he penetrado, descubriendo, ahogado aquella conspiración que amenazaba el Estado entero? Tal es el origen de los males que caen sobre mí y sobre todos los míos. ¿Por qué querer mi reposo? ¿Para desterrar de mis ojos á aquellos que me habian traído? ¡Ah! yo os ruego no consintais que este regreso sea mas doloroso para mí que lo fué la partida. ¿Puedo yo creerme en efecto restablecido si los ciudadanos que me han reemplazado en el seno de Roma se separan de mis brazos?

«Antes que ser testigo de ello pueda yo, perdona, ¡oh patria mia! temer que este voto de amistad sea una horrible imprecación contra tí; pueda yo ver á Clodio vivo, verle pretor, cónsul, dictador... ¡Dioses inmortales! ¡Qué valor, y cuán digno es Milon de que le conserveis! No, diré, no me retracto de este voto impio. El malvado ha sufrido la pena que

»merecia: á este premio sufrimos una pena que no merecemos. Este hombre generoso que no ha vivido mas que para su patria; moriré en otra parte que en el seno de su patria? O si muere por ella, ¿conservareis el recuerdo de su valor, negando á sus cenizas una tumba en Italia? ¿Osará alguno de vosotros rechazar á un ciudadano á quien llamarán todas las ciudades aun cuando vosotros le desherreis? ¿Feliz el pais que reciba á este grande hombre! ¡Oh Roma ingrata si ella le destier- ral! ¡Roma desgraciada si ella le pierde! Pero concluyamos; mis lágrimas ahogan mi voz, y Milon no quiere ser defendido por las lágrimas.»

VI.

Ciceron, despues de las funciones de pontífice que habia ejercido durante cinco años, obtuvo el gobierno de Cilicia en calidad de general, de procónsul y de purificador de esta provincia de Asia, que confinaba por un lado con la Grecia y por el otro con la Siria. Tenia bajo sus órdenes un ejército de 20,000 hombres, independientemente de los cuerpos auxiliares procedentes de los principes tributarios de Roma. El genio romano, como lo hemos visto mas arriba, era naturalmente universal. Ningun ejército hubiera reconvenido á su jefe de ser á un mismo tiempo el primer orador y el primer poeta y el primer magistrado de su patria. Ninguna asamblea del pueblo en derredor de la tribuna de las arengas hubiera reconvenido al orador de haber ganado victorias. Todo lo que amplificaba al hombre engrandecia sus funciones. El nuevo general aconsejado por Pompeyo, correspondió dignamente á la confianza de su patria. Socorrió á los restos del ejército de Craso, que luchaban en Siria contra las fuerzas indomables de los partos, únicos rivales del pueblo romano en Asia. Descendiendo del monte Tauro, aquellos Alpes de la Cilicia, á la cabeza de 40,000 hombres, los combatió bajo los muros de Antioquia, libertó al ejército romano de Siria, envuelto por ellos en aquella ciudad, y los repelió á los desiertos. A la vuelta de esta expedicion sometió á la Capadocia, reino vecino de la Cilicia, que se habia emancipado del yugo de los romanos. Reestableció sobre su trono al rey Ariobarzano, protegido de Roma; y aunque pobre, rehusó generosamente el tributo, precio de esta restauracion, que este rey le ofreció. Fiel á los principios de desinterés y de virtud que habia tomado por regla en su vida, y que habia profesado en uno de los mas bellos libros sobre la república, rehusó hasta el alojamiento y la hospitalidad honrosa que las ciudades aliadas debian á los procónsules. Hizo contrastar allí el Gobierno de un filósofo con la opresion de un

magistrado. Hizo perdonar á la dominacion de Roma y bendecir su propio nombre. Las provincias le proclamaron su padre, y su ejército le proclamó *imperator*, título supremo que preludiaba ordinariamente el triunfo. Las agitaciones crecientes de Roma le arrancaron estos honores; entró en ella coronado de laureles, simbolo de sus honrosas expediciones. A su llegada á Roma, triunfante fuera, perecia dentro

VII.

La rivalidad entre César y Pompeyo, que no estaba ya contrabalaceada por Craso, se habia acrecentado y envenenado durante la ausencia de Ciceron. César pedia al senado prolongaciones de poderes, estensiones de provincias, adjudicaciones de legiones á su ejército y honores que le hubieran hecho dueño de la república. Pompeyo, apoyo de la república, del senado y de los ciudadanos, lo rehusaba todo. La guerra abierta estaba dispuesta á estallar entre dos hombres demasiado grandes para que una misma patria, y casi un mismo universo, pudiese contenerlos. Un tercer partido, formado á la vez de los republicanos incorruptibles, tales como Caton, Bruto, y sus amigos, y de los agitadores del pueblo, resto de las facciones populares de Clodio, amenazaba á la república con la turbulencia bajo pretexto de defenderla, mientras que César y Pompeyo la amenazaban con la tiranía bajo pretexto de salvarla. Entre estos tres peligros, que la viva y penetrante inteligencia de Ciceron veía mas lejos que el vulgo, no examinaba ya en donde estaba el mayor bien, sino el menor mal para la república. La tiranía demagógica del pueblo, removida por sus tribunales, le causaba horror. La sombra de Clodio, sus peligros, sus amigos muertos, sus honores perdidos, su proscripcion sufrida, sus casas quemadas, el recuerdo de las insurrecciones de los Gracos, de las antorchas de Mario, de los hictores de Sila le hacian estremecer, temiendo la vuelta de las convulsiones civiles. Por otra parte un choque de los ejércitos romanos en el seno mismo de Italia entre Pompeyo y César no le mostraba en perspectiva mas que la guerra de romanos contra romanos y la tiranía absoluta y sin contrapeso de los vencedores. Allí estaba la combustion, aquí el fin de la república. En esta perplejidad escoger era para él imposible y sin embargo necesario. Preferia prorogar y dar tiempo á la fortuna de Roma y temperamento á las cosas, que suspendiesen al menos su patria sobre la pendiente de las últimas calamidades. Todos los partidos, escepto el partido de los demagogos, sus eternos enemigos, se disputaban á Ciceron, como si él hubiera sido el árbitro del destino. Dudaba en pronunciarse. César le escribia cartas lisonjeras, en las cuales se dis-

culpaba de toda inclinacion á la tiranía y le hacia juez entre Pompeyo y él; le daba en estas cartas aquel mismo título igual al suyo de *imperator*, como para elevarle al nivel de su gloria militar, subordinándose desde bien lejos á su gloria civil. Pompeyo le suplicaba se reconciliase con él y que le concediese una entrevista en una de sus casas de campo antes de entrar en Roma. Ciceron fué á ella. Estos dos hombres, los mas grandes y los mas patriotas despues de Caton, pasaron un dia entero en conferencias secretas en los jardines de Pompeyo, deliberando sobre los intereses de la república. Ciceron empleó todo el calor de su patriotismo, toda la fuerza de su elocuencia, todas las súplicas de la amistad para convencer á Pompeyo de la necesidad de la concordia con César para la gloria de los dos y para la salvacion de Roma. Pompeyo la declaró imposible. Irritado de las exigencias insaciables de un rival á quien ya no bastaba la mitad del imperio, convencido por la ambicion de César y sus halagos al partido popular, por su sed de honores, por la ambigüedad de sus negociaciones, que no seria definitiva ninguna paz con este hombre, sintiendo ademas sublevada á la Italia por esta opinion casi unánime que se indignaba con las amenazas de César, y que le prometia, dando una patada en la tierra hacer salir legiones contra su rival, Pompeyo estaba resuelto á aceptar, en fin, el juicio de la fortuna por las armas. Su virtud le llevaba á este partido estremo, tanto como su ambicion, pues su ambicion era vasta, pero honrada. Adoraba á la república, y haciéndose el campeón de las leyes, del senado, del pueblo, de la libertad de Italia, no eran solamente su propia gloria, eran la patria, los antepasados y la posteridad de Roma á quienes defendia defendiéndose él mismo.

VIII.

Ciceron, sin haber obtenido nada, pasó á Roma, donde fué recibido como la última esperanza de los buenos ciudadanos. Pero su triunfo le pareció un duelo, y al entrar por la puerta triunfal, sintió, escribe, «que caia en plena guerra civil.»

Con efecto, estalló pocos dias despues y cayó Ciceron en perplejidades que le acusaron de debilidad, pero que eran en realidad las agonias de la república moribunda mas bien que las agonias de un hombre irresoluto.

César, cansado de esperar de Pompeyo y del senado condescendencias proporcionadas á su ambicion, se decidió al fin al sacrilegio contra su patria. Habiendo bajado de los Alpes á la Baja Italia á la cabeza de algunas legiones, atravesó el Rubicon, pequeño riachue-

lo que formaba el límite legal de su gobierno de la Galia, y cuyo paso á mano armada le declaraba enemigo público. *La suerte está echada*, exclamó César lanzando despues de una larga duda su caballo en las olas del Rubicon. Esta palabra era el fin de la república. Desde el momento en que el parricida no pareció ya un ciudadano poderoso, sino un juego en la casualidad, cuyo juguete era el mundo, y donde los soldados no eran ya romanos sino mercenarios, la libertad, que no se alimenta mas que de virtudes públicas, no podia existir, y la Italia no era ya digna mas que de llegar á ser la presa y el juguete de los ambiciosos.

IX.

Se habia estremecido toda entera á pesar del atentado de César. Un inmenso grito de horror y de indignacion se levantó desde el Rubicon hasta Roma, y desde Roma hasta las provincias mas remotas de la dominacion romana. Aun cuando no se disimulaba el ascendiente irresistible que los ejércitos, sus gefes, los poseedores de grandes gobiernos prolongados por el pueblo y el senado, los dictadores, en fin, ejercian sobre la república, desde la corrupcion de las costumbres públicas, si no se creía en la virtud se creía todavia en el pudor. El crimen desenmascarado del Rubicon hizo temblar el suelo de Italia. Se creyó en un momento que iba á tragar al temerario que volvía las armas de Roma contra Roma. El mismo César se aterró al ver la emocion general que produjo su audacia. Por eso se esforzó en atenuarla, presentándose á las poblaciones de su tránsito como una victima de las injusticias y de la ingratitud de Pompeyo y del senado, que venia, no á humillar á su pais, sino á pedir justicia para sus soldados y para él. Afectó negociar, ofrecer y discutir condiciones moderadas de concordia y de paz, mientras que sus lugartenientes, sus emisarios, intimidaban, comerciaban ó compraban á Roma misma en los muros de Roma. Ciceron, mas halagado por él que ninguno de los hombres influyentes de la república, veía cercanos los progresos de César, las ilusiones de las gentes honradas, la depravacion de los malvados, la lentitud y la magestad inerte de Pompeyo. Aspiraba mas que nunca á prevenir el choque por medio de un acomodamiento pacífico entre los dos rivales. César le escribia frecuentemente, y fingiendo escogerle para abatir á Pompeyo, hacia responsable á Ciceron en la apariencia de la suerte del universo. Pero esperando el resultado de la intervencion de Ciceron, marchaba siempre, engrosando su partido en su tránsito por todas las provincias, por todas las ciudades, con legiones que la